
El debate interno, la resistencia civil y el diálogo con el gobierno según Acción Nacional

Entrevista con Carlos Castillo Peraza
Por Francisco Reveles Vázquez*

Un tema de discusión constante en la vida interna del Partido Acción Nacional ha sido el de participar o no participar en las elecciones. Quizá es el debate más antiguo del partido. Se ha reiterado bastante y a veces ha sido causa hasta de divisiones. En realidad, el PAN está en un constante debate porque la aplicación de las medidas más importantes que se van desarrollando siempre son sujeto de discusión en el Partido. El caso más conocido es el del debate sobre las plataformas que cada tres y seis años se elaboran para participar en campañas electorales, tanto en el ámbito estatal como en el federal. Entonces ahí son discutidas las aplicaciones prácticas y las condiciones del momento. Esto siempre es motivo de una discusión. Tan es así que esta discusión, que para nosotros es natural, se convierte, para los medios de información, no sé si por intuición, no sé si por instrucciones por parte del Gobierno, no sé si por falta de seriedad, en fin, por las razones que usted quiera, esto siempre se convierte en la versión que estamos por dividirnos, por deshacernos, por matarnos. Es cierto que en algunos casos la discusión o los resultados de ella han conducido a algunos panistas a dejar el Partido. Este fue el caso, en los sesentas, de Efraín González Morfín. Pero normalmente el órgano en el que se discute, aprueba una discusión que finalmente es asumida por todos sus miembros.

Yo recuerdo que esta peculiar manera de ser panista impresionó a algunas personas que sólo conocían el PAN por intereses externos. Si mal no recuerdo, en 1985 tuvimos una convención nacional para definir la plataforma política que sería

nuestro programa con motivo de las elecciones de ese año. En ella estuvo presente Héctor Aguilar Camín, quien posteriormente escribió un artículo en el que reflejaba su sorpresa y su admiración por el debate, por el hecho de efectuarlo, y hasta decía "uno se imagina que las convenciones del PAN son todo tranquilidad y no"; y él describía la convención.

Para nosotros el discutir las cosas no es algo que suceda en momentos de crisis nada más. Es algo que ocurre normal, natural, cotidianamente, tanto en una reunión de consejo nacional como el del comité ejecutivo para ver qué se hará. Tan común es, que para nosotros ya no es noticia; es un acontecimiento más de la rutina vital del Partido. A veces estas discusiones tienen consecuencias más dolorosas que otras, pero eso es normal. Tan es así que cuando alguien las observa piensa que el PAN está por deshacerse. Nosotros hemos leído muchas veces nuestra acta de defunción en los medios informativos y, sin embargo, aquí estamos. El PAN está acostumbrado a vivir en el debate y la discusión no es una novedad. Si se leen las actas de la asamblea constituyente del PAN con ojos de periodista de hoy, se diría que ese partido no va a nacer. Para decirlo con una palabra más común, fue un "broncón" el nacimiento, y la primera discusión sobre participación en elecciones fue otro tremendo debate, cuando se consideró si se participaba o no electoralmente en lo que fue la campaña de Almazán.

El debate para nosotros no es una irregularidad en la vida del Partido, sino algo que forma parte de su vida diaria.

Nosotros asumimos la resistencia civil como una táctica, no como *la táctica* única del Partido, sino como una de las varias posibles. Incluso en

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política.

1988 hubo Estados de la República en donde los panistas decidieron no ponerlas en práctica y no las ejecutaron por la libertad de decisión que existe dentro del Partido y que muchas veces hace pensar que no tiene una sola línea. Lo que pasa es que se trata de un partido desusadamente democrático en un país que ha tenido el hábito histórico de la no democracia, o de los partidos muy centralizados que reciben línea de organismos centrales, y que están muy homogeneizados un poco totalitariamente por las corporaciones. Esto le ha dado al Partido su riqueza, su fuerza, aunque también, en parte, le ha dado su debilidad. Porque a veces se dice: “¿bueno, y por qué no todo el PAN?” Es que a veces hay cosas en las que la autonomía (que es la vigencia del federalismo que buscamos para toda la nación) de un comité municipal o de un comité estatal le permite escoger su propia táctica, su propia línea. Es un partido, en este sentido, mucho más abierto, mucho más articulado por el lado de lo doctrinal que por el lado de la táctica. Normalmente cada Estado diseña la forma en que va a luchar cuando hay elecciones.

En primer lugar habría que precisar que el “neopanismo” no constituyó una corriente, porque la existencia de una corriente implicaría una organización interna propia, lo que no es el caso. Simplemente desde el Comité Ejecutivo Nacional se presentó a los comités regionales los principios y las tácticas de la resistencia civil para que las asumieran, en la medida en que así lo decidieran. No se puede decir que hay una corriente interna pro-resistencia civil. Esta se planteó como un método adicional a los ya existentes para lograr efectos políticos.

Como se sabe, en el estudio sobre las realidades sociales es muy difícil hablar de causalidades únicas. Normalmente los fenómenos sociales son “pluricausados”. Si cayéramos en el simplismo de decir que esto se debe sólo a los nuevos miembros del Partido, entonces resultaría absurdo referirse al caso concreto de uno de nuestros dirigentes panistas que más han trabajado y actuado en la línea de la resistencia civil: Luis Álvarez, un panista de hace muchísimos años; por lo tanto no es un “nuevo”. Algunos otros sí son “nuevos”: también participan en ello. A otros panistas en cambio, tanto “viejos” como “nuevos”, no les gusta dicha línea política. Las acciones de esta naturaleza han venido a adicionarse a las tácticas habituales del Partido, que han ido diversificándose con el tiempo y con el desarrollo mismo de la discusión y también con la situación política del país.

En la medida en que un partido de oposición va topándose con la cerrazón de un sistema político, va desarrollando nuevas formas de combatir esa cerrazón. En un principio, cuando el PAN co-

menzó, el problema era el de salir a la calle a decir que el país estaba regido por el pistolero (estamos hablando de 1939). Ya era una novedad histórica en el país que alguien se parara en una plaza a decir un discurso desafiando al gobierno, sobre todo en los municipios lejanos a la capital de la república, e incluso en ella. Durante las elecciones en las que participó Almazán, en la casilla donde Manuel Gómez Morín votó por primera vez como panista, hubo una balacera y muertos.

Entonces van desarrollándose formas nuevas de lucha. Recuerdo que por el año de 1969 los bajacalifornianos inauguraron nuevas formas de lucha. Salvador Rosas Magallón salió a caminar por todo el desierto del Estado como un signo de resistencia, de denuncia del proceso electoral fraudulento en el que participaba como candidato a gobernador. Recorrió todo el desierto y luego fue recibido multitudinariamente en Mexicali. Este acto tuvo gran repercusión en la prensa, sobre todo la norteamericana que estaba muy cerca. Luego se desarrollaron otros métodos, otros caminos, y finalmente se adoptó el de la desobediencia civil, de la resistencia activa y pacífica, que vino a sumarse a todos éstos y tomó un auge importante a partir de 1986 en Chihuahua y durante la campaña federal de 1988. Ya el problema no era el de salir a la calle, que ya era considerada por muchos mexicanos como un lugar donde podían manifestarse libremente. El problema ya no era conquistar las plazas sino las páginas, las pantallas y los cuadrantes, es decir, la prensa, la televisión y la radio. Eran nuevos espacios políticos que había que conquistar, y éstos se fueron abriendo. En mayor o menor grado, según fue la capacidad de movilización del Partido en los diversos lugares, los espacios se fueron abriendo a la presencia de la opinión del candidato presidencial y de los otros candidatos más fuertes del Partido.

Para que una persona acepte participar en actos de resistencia civil debe tener una formación muy sólida, porque acepta lo que en esta táctica se llama “pagar el precio”. Es decir, “yo voy a violar conscientemente la ley, pero no como un delincuente que se escurre al castigo, sino aceptando las consecuencias para demostrar lo injusto de la ley”. Esto requiere una formación doctrinal que no la tiene cualquiera. No cualquiera resiste la represión física de los cuerpos policiacos sin responder; va contra el instinto de conservación. Significa un dominio intelectual sobre el propio ser personal que requiere una formación doctrinal. Además, lo que de doctrina hay detrás de la táctica de resistencia civil no es contradictorio con los principios que defiende el Partido. Para el PAN tampoco existe una disyuntiva entre instrumentar la resistencia civil u otorgar formación doctrinal. No.

Se da una formación tal que permite la utilización de métodos como el de la resistencia civil y otros.

Una constante en las campañas presidenciales del PAN es que todas se han realizado con una plataforma política. En eso el PAN es pionero. Cuando el PRI (o el PNR o el PRM) no sabía ni siquiera lo que iba a decir, o decían el "rollo" consabido, demagógico, el PAN salía no con programas perfectos pero sí con propuestas. Y el Partido, desde su primera hasta su última campaña (federal, estatal o municipal), ha tenido como característica la de participar con una plataforma política. Esto también ocurrió en 1988. Es más, en el Partido *primero* se define la plataforma y luego se escoge el candidato.

Una segunda constante es que, ya con la plataforma y el candidato definidos, el Partido se lanza a la campaña muy unificado. Después del debate sobre las plataformas y sobre los precandidatos, cuando se decide que ésta es la plataforma y éste el candidato, los sostiene toda la organización. Esto es también algo interesante si se compara, por ejemplo, con lo que pasó en 1988 con el Partido Mexicano Socialista: primero se lanzaron a hacer lo que ellos dijeron que era la primera elección democrática de un candidato presidencial, para terminar dejándolo "colgado de la brocha" y apoyando, no por elecciones sino por decisión cupular, a otro candidato.

En el PAN no sucede así: para nosotros las decisiones tomadas democráticamente obligan no sólo al que votó por ellos sino al que votó en contra y al ausente. Ahora, la forma en que se concretan esas decisiones varía según la localidad.

Ahora veamos las diferencias entre las campañas panistas: en primer lugar, la de 1988 fue una campaña que concentró esfuerzos en los núcleos numéricamente más importantes de votantes. Normalmente se tiene como motivo de orgullo en una campaña el visitar hasta la última comunidad. En esta vez, por razones de tiempo, de dinero, de posibilidades, se dijo: "¿dónde está la mayoría de los votantes?. Está concentrada en este conjunto de ciudades grandes, medianas, pequeñas, etcétera; ahí hay que concentrar nuestros esfuerzos". Esta fue una diferencia con respecto a la campaña anterior. En ellas quizá también se trabajó así, pero no tan conscientemente, no con la precisión de la más reciente.

En segundo término, la de 1988 fue una campaña en la que se manejó mucha publicidad. Y publicidad concebida muy modernamente, profesional. Antes era mucho más rudimentaria.

Tercero, se utilizaron los métodos y las tácticas de la resistencia civil, activa y pacífica. Ese fue otro rasgo nuevo en la campaña federal. Se puede decir que esta táctica generó la apertura, si no total,

cuando menos mayor que en las campañas anteriores, de los medios de información. Eso es una verdadera victoria de la resistencia civil.

Otra variación —derivada de la anterior— fue la de haber logrado una presencia constante, en los medios de comunicación de la campaña en su conjunto, del candidato fuerte que era el candidato presidencial.

Estas son las características nuevas que, como se puede apreciar, son circunstanciales, no de fondo. Porque las de fondo, como salir con una plataforma representativa de los principios del partido, no han variado. Es más, recuerdo bien al ingeniero Clouthier con su ejemplar de la plataforma amarillento, doblado, subrayado, porque fue un candidato que actuó ceñido a la plataforma que había elegido el Partido, lo cual era muy importante para el Partido mismo.

El balance de las elecciones de 1988 es muy bueno para el PAN, no solamente en lo cuantitativo sino en lo cualitativo. El Partido creció enormemente, con un caudal muy relevante de mexicanos que decidió actuar políticamente en el PAN. Además, el hecho de que un desprendimiento del gobierno mismo hubiera captado muchos votos dentro de una constelación muy variada de partidos en la que el votante no sabía qué programa estaba eligiendo, significaba que era el descontento puro; mientras que el voto por el PAN fue un voto partidista, el más purificado que hay en el país. Se votó por el PAN no solamente porque era el anti-PRI, sino porque era una opción, ya que hubo otra forma de anti-PRI que cargó con todos los votos del descontento. Fue un voto mucho más doctrinal ideológicamente. Y eso le dió al Partido una fuerza muy importante.

Es un éxito el ser el partido que tiene más diputados en la Cámara. No hay ningún partido de oposición que realmente tenga la mitad de diputados que tiene el PAN. Ni el Partido Popular Socialista, ni el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, ni el Partido del Frente, ni el Partido Mexicano Socialista, ni la Corriente Democrática tienen cada uno solo ni la mitad de los diputados que tiene el PAN. O sea, el espejismo del voto por Cuauhtémoc Cárdenas no debe impedir ver que en los resultados efectivos la parte conquistada por nuestro partido es la más consistente.

La votación del PAN con respecto a 1982 no aumentó en términos absolutos, pero sí en relativos. Además, habría que medir esto en función del abstencionismo, en función de la inflación artificial y fraudulenta de la votación del PRI y del Frente, porque una buena parte del aparato de la alquimia electoral priísta actuó por los partidos paleros del gobierno, y habría que medirlo con lo que descendió la votación de los demás.

En diciembre de 1988 nosotros propusimos lo que llamamos el compromiso nacional por la legitimidad del gobierno, porque, viendo lo que había sucedido, consideramos como nuestro deber el ofrecer una salida política a todos los actores políticos y a los ciudadanos para lograr eso. Esto significaba un cambio de mentalidad para todos y así empezar la verdadera modernización política del país.

En todos los países en los que se ha llegado a estadios democráticos superiores hay mecanismos constantes de diálogo y de concertación entre quien tiene el poder y quien está en la oposición. No es extraño en esos países que los dirigentes de la oposición se reúnan con el presidente de la república. No es extraño que la oposición y el poder encuentren fórmulas aceptables para todos y para los ciudadanos en general. Esto es un mecanismo democrático normal que implica superar la mentalidad de "carro completo"; no sólo por parte del poder, sino también por parte de la oposición. Si ésta se propusiera sustituir el "carro completo" por otro "carro completo" no estaría en la perspectiva democrática sino en la sustitución de un hegemonismo por otro.

Por eso propusimos empezar esta nueva modernización política real del país, en la que los diferentes actores políticos con sus diferentes perspectivas tengan posibilidad de hablar, de decirse las cosas; no solamente de intercambiar invectivas o de formular querellas, sino también de buscar soluciones. ¿De qué serviría a la nación mexicana que durante seis años el PAN se limitara en todos los ámbitos de la política nacional a decirle al poder "ilegítimo y usurpador"? ¿En qué podrían lograrse metas que beneficiaran al conjunto de los mexicanos mediante la concertación? Sin dejar de señalar la ilegitimidad del partido en el poder, vamos a buscar formas en las que los actores de este gobierno —aunque ilegítimo de origen— puedan ser benéficos para el pueblo en su conjunto.

Creemos que así como el PAN anticipó el futuro cuando salió a las plazas a hablar de democracia, de deber político, de Estado de derecho, de federalismo, de contrapeso de poderes etcétera, en los años 1939-1940, así el PAN anticipó lo que seguramente un día será una táctica común en México: que las fuerzas del país dialoguen, que encuentren caminos benéficos para todos, cediendo cada quien en algunos aspectos para buscar precisamente resultantes consensuales en beneficio del sujeto real de la política: el pueblo mismo.

Entonces propusimos esto a partir de la idea de que no puede conseguirse todo y desde el primer día porque históricamente todas las políticas del "todo o nada" casi siempre han desembocado en nada. Y no es nada más la nada para el Partido,

o para la parte que opta por ella, sino la nada para el conjunto del país, que es finalmente el objeto, el sostén de la política misma.

Al gobierno no se le ha dejado de decir lo que se piensa en materia de sus errores; pero a pesar de eso, se está buscando cómo, en concertación, se puede hacer algo por el pueblo y por el país entero, por una parte. Por otra, creo que también es parte de la educación política el terminar con la era de los yerros políticos. Yo pienso que en México el hecho de que ese conjunto monstruoso PRI-gobierno-Estado haya pretendido durante tantos años ser el todo nacional, nos llevó a lo que podría llamarse la república priísta; además generó en la oposición el complejo de la república comunista, la república panista, la república socialista, hasta la república ceuista, como lo dijeron los del Consejo Estudiantil Universitario en las calles. Entonces, ¿qué sucede?. Lo que sucede es que nadie está pensando en la república sino cada quien en una "re-privada", no en una "re-pública", que es lo que se necesita. Esto es fruto de la deformación del poder durante sesenta años y la resultante en la oposición de esa forma de concebir el poder. Ahora hay que buscar la república, es decir, el conjunto de instituciones que permitan, a los diferentes grupos sociales y a las diferentes fuerzas y organizaciones del país, el marco en el que puedan actuar en forma equitativa, en forma dialogal, en forma pacífica; con el sufragio universal, que no existan leyes privadas ni privilegios para nadie. Tenemos que usar la república, no la yuxtaposición y menos el enfrentamiento de las "re-privadas".

Todo esto implica un cambio de mentalidad: significa pasar una mentalidad verdaderamente democrática, lo cual no implica ceder o transar. Es decir, yo puedo, como ser humano o como representante de un grupo humano, hablar con alguien que sea totalmente diferente a mí sin renunciar a lo que soy, sin renunciar a las cosas que pienso, sin despojarme de mis contenidos doctrinales e ideológicos. Pero no por eso me voy a subsumir en una especie de fortaleza asediada, que sólo le tira piedras por encima de la barda a otra fortaleza asediada. Así, ¿cuándo vamos a salir de esos monólogos yuxtapuestos y a construir una nación?

La continuación de los métodos fraudulentos en elecciones sería un escollo muy importante para seguir con el diálogo, porque éste tiene como presupuesto la buena fe. Si no existe, el diálogo se vuelve inútil. El objetivo del diálogo es la transformación de la realidad política, no adornarla. Evidentemente si no aparecen los signos de la buena fe, si los hechos contradicen las palabras, pues el diálogo se vuelve absurdo. Lo cual no solamente

es malo para el PAN sino también para todo el país.

Actualmente, lo que el PAN tiene que hacer es estimular todos los debates por la democracia en donde esté, ya sea en la Cámara, en las organizaciones intermedias, en las universidades. Es obvio que el grupo en el poder, después de sesenta años, no quiera soltarlo; se muestra sordo al reclamo popular de democracia. Pero también es obvio que ahí mismo hay conciencia de que las cosas no pueden seguir como están. Entonces, todo lo que pueda hacerse en favor de la democracia hay que hacerlo. Y esto puede incluir en algún caso una concertación con quienes estén en favor de la democracia. De lo contrario, realmente no va a haber república, no va haber salidas. Y cuando un pueblo llega a la conclusión de que no hay ninguna salida, entonces ya no hablan las bocas; hablan las acciones de fuerza. Hay una conciencia de esto en el PRI; como la hay en el PAN, como la hay en la izquierda. Yo creo que existe una conciencia transpartidista, en estos momentos, de la necesidad del aumento de la concertación. Y eso hay que impulsarlo.

Nosotros no tenemos enemigos; tenemos adversarios. Cuando se habla de enemigos se hace referencia de alguien a quien no se le considera el derecho de existir junto con uno. Cuando se habla de adversarios se hace referencia a alguien con quien uno compite. No queremos que alguien desaparezca, no queremos la supresión de nadie. Queremos que todos compitamos de igual forma. En relación al Partido de la Revolución Democrática habría que aclarar que este partido, que está naciendo, no tiene los votos que tuvo el ingeniero Cárdenas en 1988, puesto que no está integrado por la constelación de partidos que apoyó a ese candidato. Es más, los partidos o grupos políticos que están dando nacimiento a esa nueva organización son los que menos votos tuvieron dentro de la constelación. Eso no hay que olvidarlo. No vamos a competir contra la votación que tuvo el ingeniero Cárdenas sino contra una formación política que todavía no ha demostrado cuantos votos tiene. Si sólo estimamos los que obtuvieron en 1988, los que la forman actualmente están muy por debajo del PAN. Existe el mito de que ese par-

tido es el de los votos de Cárdenas, y además habría que discutir si todos ellos fueron legales.

Es cierto que será otra fuerza política en la arena de la competencia. Pero no representa un peligro de merma de votos para el PAN, puesto que representa a una corriente de pensamiento en México que no comparten los que votaron por el PAN.

Más que para nosotros, este nuevo partido es un peligro para otras formaciones de izquierda y para el PRI. Esa, digamos que es una secta de un grupo mayor y nosotros no somos ni del grupo mayor ni de la secta; para decirlo metafóricamente: ahí hay una Iglesia contra el protestantismo y nosotros somos seguidores del PAN. Somos de otra línea, de otra matriz estructural y política. Esto no quiere decir que los respetemos, pero no considero que sea un peligro para el PAN. Le va a restar o va obtener votos en el ámbito cultural priísta, socialista, pero no el ámbito cultural del cual nosotros los obtenemos. El PRD es un partido que va a competir, y qué bueno, y no estoy en contra de su nacimiento. Me parecería sano que en México haya un partido de filiación socialista serio y moderno. Qué bueno que exista porque en México hay un ámbito cultural con esa inspiración que debe tener su expresión política seria y moderna.

Ahora, los problemas que tienen para nacer son propios: uno es que están con el pecado original de priístas, es decir, muy vinculados a la idea de partido de Estado, de corporatismo, y, por otro lado, tienen el problema de que la izquierda mexicana parece no haberse dado plena cuenta de que el marxismo ya no es hegemónico (ni el socialismo), y que esto le ofrece la oportunidad de buscar opciones propias, nuevas, no hegemónicas por un partido. Es su gran oportunidad. No están taponados ya por el marxismo. Y pueden aprovechar su expresión política propia. Qué bueno que lo pudieran hacer, pues facilitarían mucho las cosas ya que sacaría de toda posibilidad de competencia a esos partidos que navegan con bandera de socialistas y que son más afines al PRI. Limpiarían, clarificarían, la opción socialista.

Cd. de México, 31 de mayo de 1989.